



## ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

[www.area3.org.es](http://www.area3.org.es)

Nº 23 – Invierno 2019

### ANÁLISIS Y CREACIÓN EL CONCEPTO DE ANALIZADOR Y LA CONTRASOCIOLOGÍA

Roberto Manero Brito<sup>1</sup>

#### **Introducción**

El título de este artículo evoca una relación problemática. El análisis, en general, es una cuestión de descomposición, de estudiar o elucidar la constitución de algún objeto de conocimiento. La creación, al contrario, es la posibilidad de generar objetos o, como veremos más adelante, *formas* que no podrían haber tenido existencia anterior. Si así fuera, se trataría más de la *producción* que de la *creación*.

Sin embargo, el desarrollo de los métodos de investigación y de indagación que tuvo lugar con el Análisis Institucional muestra otra perspectiva. El concepto de *analizador* no fue una ocurrencia genial de algún intelectual o analista. La idea de *analizador*, en las Ciencias Sociales, se impuso como un elemento fundamental que distinguiría diversas maneras de hacer ciencia.

---

<sup>1</sup> Roberto Manero es Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. México.

En su libro *El Estado y el inconsciente* (Lourau, *El Estado y el Inconsciente*, 1980), Lourau opone dos formas de construir el conocimiento de la sociedad: por una parte, la construcción de los *indicadores sociales*, que serían, metafóricamente, los “sensores” o puntos sensibles de las sociedades que indicarían los cambios, con sus intensidades y direccionalidades, que van apareciendo en el tejido social. Por otro lado, estarían los *analizadores sociales*, que serían los grandes reveladores de los procesos dinámicos de una sociedad.

Esta oposición da cuenta de la heterogeneidad y contradictoriedad que preside el desarrollo de la institución científica, especialmente en las Ciencias Sociales.

El concepto de analizador no fue inventado por los institucionalistas. En otros lugares (Manero, 2015, 2018) he desarrollado algunos elementos de la génesis de este concepto. Ahí describí sus orígenes contemporáneos con los trabajos de Pavlov, especialmente en el establecimiento de lo que llamó los “analizadores sensoriales”. Posteriormente, se examinó la concepción guattariana del analizador, en tanto expresión analítica del deseo. Allí, el analizador produce una “verdad” sobre la sociedad en la medida en que dicha verdad supone la emergencia del deseo.

Más adelante, logramos observar que la concepción guattariana del analizador y del análisis se veía confrontada a la crítica elaborada por Georges Lapassade. Para este último, los *analizadores* deben distinguirse entre los analizadores contruidos, analizadores naturales y analizadores históricos. Estos analizadores se constituyen como una forma de provocación del imaginario, como un elemento que permite la emergencia de un *análisis salvaje* de la institución, que deberá ser contenido y resignificado por el análisis especializado del analista. Se inaugura así una tensión entre un saber social (salvaje, contradictorio), y un saber especializado. Así, la confrontación entre el analizador y el analista no puede ser muy tersa. Al contrario, es fuertemente explosiva, como lo muestra la misma historia del hospital psiquiátrico de La Borde, en el que desarrollaba sus investigaciones Guattari.

El planteamiento lapassadiano concluye en la posibilidad de romper dichas tensiones, allí donde el analizador y el analista confluyen, donde el analizador es a la vez analista y

viceversa. Sin embargo, quizás su mayor aportación fue la idea de que *la acción puede ser analítica*. Así, en el 68, la acción de los estudiantes analizó la postura científica e ideológica de los especialistas en diversas ramas del conocimiento, a pesar de los intentos de análisis de diversos especialistas sobre la acción de los estudiantes. Las reducciones interpretativas del estilo de la “rebelión contra el padre” se hundieron en el fango frente al alcance analítico de una sociedad en crisis que realizó el movimiento estudiantil.

La discusión sobre el analizador iniciada por Lapassade en el contexto de creación del método de intervención socioanalítico se desarrolló ampliamente en los trabajos de Lourau y los grupos socioanalíticos que surgieron en los tempranos 70s. Allí, la idea del analizador se hizo más compleja, y rebasó la caricaturización de una simple oposición de saberes entre el analizador y el analista.

En la propuesta de René Lourau, el *analizador* no sólo es un fenómeno social o un concepto que nos habla sobre la significación en una sociedad. El analizador es lo que produce los significados en las sociedades. El analizador no es sólo un revelador, sino que esta cualidad es el resultado de algo que es central en su conceptualización: el analizador es *creación*, en cuanto resignificación de lo social.

### ***El analizador y el Socioanálisis***

Quizás uno de los trabajos más fecundos de Lapassade en el período de constitución del Análisis Institucional fue su crítica a los *T Groups*. Hay que recordar que para Lapassade, la dimensión más importante de dicha forma de intervención fue, más que la invención de una técnica poco directiva o no directiva de trabajo en grupos, la crítica en acto que dicho dispositivo realizaba en relación a las pedagogías tradicionales y, con ellas, al saber instituido: Lapassade critica una concepción que ve al *T Group* como un casi laboratorio de psicología, más que como un analizador de la Pedagogía. Esta cuestión no podría descuidarse, toda vez que en adelante el Análisis Institucional estaría definido en su colocación frente a los saberes instituidos y, sobre todo, en relación a la institución científica.

El Socioanálisis no resulta un modo de intervención con finalidades de normalización o de cualquier tipo de ortopedia social. Tampoco podría pensarse como una terapéutica institucional o colectiva. El Socioanálisis se definía como una intervención en relación al saber, o más bien al *no-saber* respecto de la institución. Dicho de otra manera, como un proceso de análisis, de reconocimiento y de trabajo alrededor de la *alienación* de los individuos y los grupos en relación a la institución.

En ese sentido, el aporte lapassadiano había realizado una disyunción fundamental y necesaria, en lo que se refiere al saber especializado, el saber del analista, frente al saber social o, en todo caso, al análisis *salvaje* enunciado por los *analizadores*. Y la relación no era necesariamente tersa. Entre el saber del especialista y el saber generado por el analizador hay una relación negativa: el saber especializado negará el saber polisémico, contradictorio, espontáneo, que surge del analizador.

Y si en la Psicoterapia Institucional se había descubierto el *analizador natural*, si Lapassade había enunciado la existencia del *analizador construido* y del *analizador histórico*, el planteamiento de Lourau debía articular, quizás hasta armonizar, dicha perspectiva con un *marco de referencia* en el cual el cuestionamiento pudiera encontrar la potencia correspondiente como forma alternativa, contestataria, en torno al proyecto de conocimiento en el que se insertaba el Análisis Institucional.

¿Cómo es ese saber producido por el analizador? Los institucionalistas lo caracterizan como un *análisis salvaje*:

Es en ese sentido que se habla del analizador, es decir, de un fenómeno social capaz de provocar o de imponer una crítica, una autocrítica, un análisis “salvaje” de la situación. (Hess, R. et A. Savoye, 1993, p. 74).<sup>2</sup>

La idea de un *análisis salvaje* podría ser un eco del psicoanálisis. En ese sentido, Freud planteaba que el análisis del psiquismo, de los procesos inconscientes, no se reservaba exclusivamente al dispositivo psicoanalítico especializado. En relación al “psicoanálisis silvestre” o “psicoanálisis salvaje”, Freud planteaba que el trabajo analítico debía ser realizado por analistas suficientemente preparados, *especializados*. Cuando la práctica

---

<sup>2</sup> La traducción es mía RM.

psicoanalítica era realizada por personas que no estaban suficientemente formados, entonces podría hablarse de un “psicoanálisis silvestre”.

El “psicoanálisis salvaje” sería un “pseudopsicoanálisis” que ignoraría la problemática terapéutica de la transferencia:

Hace ya mucho tiempo que se ha superado la idea, basada en una apariencia puramente superficial, de que el enfermo sufre a consecuencia de una especie de ignorancia, y que cuando se pone fin a la misma, comunicándole determinados datos sobre las relaciones causales de su enfermedad con su vida y sobre sus experiencias infantiles, etc., no tiene más remedio que curar. El factor patógeno no es la ignorancia misma, sino las *resistencias internas* de las cuales depende, que la han provocado y la hacen perdurar. La labor de la terapia es precisamente combatir estas resistencias. La comunicación de aquello que el enfermo ignora, por haberlo reprimido, no es más que una de las preparaciones necesarias para la terapia. Si el conocimiento de lo inconsciente fuera tan importante como suponen los profanos, los enfermos se curarían sólo con leer unos cuantos libros o asistir a algunas conferencias. Pero semejantes medidas ejercerán sobre los síntomas patológicos nerviosos la misma influencia que sobre el hambre, en tiempos de escasez, una distribución general de *menús* bellamente impresos en cartulina. Esta comparación puede aún llevarse más allá, pues la comunicación de lo inconsciente al enfermo tiene siempre por consecuencia una agudización de su conflicto y una agravación de sus dolencias”. (Freud, 1981, p. 1573).

Más adelante, Freud explicará que la elaboración de la situación patógena supone el establecimiento de la relación transferencial con el paciente. No sería posible, de otra manera, el trabajo sobre la *resistencia*, que sería realmente el elemento patógeno del conflicto psicológico.

Aun así, el trabajo sobre la resistencia *también podría ser una forma de análisis salvaje*, si no toma en cuenta el aspecto transferencial. Lo que quizás estaba en ciernes, aún no suficientemente enunciado en el planteamiento freudiano, era la forma en la que *interfería* la institución médica y asistencial. Efectivamente, en los modelos que se instituían en el período histórico en el que Freud elabora su método, había transformaciones importantes en el quehacer médico. Las prácticas médicas se iban transformando con la aparición de nuevos medicamentos, de nuevas terapéuticas para la curación de las enfermedades.

Lo que ahora conocemos como uno de los elementos centrales del ritual médico (la asistencia al consultorio, el procedimiento diagnóstico, la receta y la ingestión de medicamentos), aún no se encontraba completamente instituido en la época freudiana. El psicoanalista silvestre tomaba la “información” o el “conocimiento de lo reprimido” por el paciente en un determinado contexto de la práctica médica. El “escepticismo terapéutico” estaba dejando lugar a nuevas formas de ejercicio de la medicina, pero aún había una enorme desconfianza en cualquier tipo de terapia que no hubiese demostrado sus beneficios.<sup>3</sup>

Lo que es importante señalar es que, en el planteamiento freudiano sobre el “análisis salvaje”, lo que se denuncia, finalmente, es la incomprensión de la singularidad del método psicoanalítico por la institución médica, a la que sin embargo pertenecía y con la que compartía buena parte de sus valores y cultura. La complejidad de los procesos de la sexualidad, del psiquismo, eran brutalmente simplificados y desvirtuados en la práctica silvestre del psicoanálisis. Los ejemplos que utiliza se refieren a la incorporación del saber psicoanalítico sobre la etiología de las neurosis, en el contexto de prácticas médicas insuficientemente informadas y con procedimientos en ocasiones contradictorios con los descubrimientos del Psicoanálisis.

Lacan, más de 40 años después, denunciaría cómo los practicantes no suficientemente formados como analistas, pueden fácilmente hacer de la práctica psicoanalítica un ejercicio de poder. (Lacan, 2003).

---

<sup>3</sup> Hay que recordar que, en la época de Freud, la medicina aún tenía muy pocos recursos terapéuticos. Desde la segunda mitad del S. XIX, había un predominio del llamado “nihilismo” o “escepticismo terapéutico”, especialmente en Europa. Desde principios de ese siglo Pinel había sido contrario a la *polifarmacia* y fue favorable a una “expectación terapéutica”, que propugnaba por evitar medicaciones que no comprobaran fehacientemente sus efectos benéficos. Al contrario, las teorías de Broussais proponían terapéuticas tempranas, consistentes principalmente en dietas debilitantes y sangrías. Los resultados desastrosos de este último inclinaron la balanza hacia el “escepticismo terapéutico”, que hacia fines del S. XIX empezaba a decaer. Gubler, siguiendo a Bérard, planteaba que el papel de la medicina era “curar pocas veces, aliviar a menudo, consolar siempre”. La aplicación de la estadística en medicina, la instalación del positivismo como filosofía científica hegemónica, la experimentación y la introducción de pruebas de laboratorio (momento del surgimiento de figuras como Claude Bernard), en las últimas décadas de ese siglo, abrían nuevas posibilidades terapéuticas a la medicina. Otro tipo de experimentación se hacía posible, enfrentando de alguna manera al “escepticismo terapéutico” (Fresquet Febrer, 1993). Es en ese contexto propiamente instituyente de la medicina que Freud realiza sus trabajos. El enfrentamiento con el “escepticismo terapéutico”, y al mismo tiempo su adhesión a una cultura médica que había aprendido de los excesos de Broussais, explican las prevenciones de Freud en su práctica analítica. Desde allí es posible pensar la idea del “análisis silvestre”.

No obstante, aún estamos lejos de los planteamientos de Robert Castel (Castel, 1980) y de Jean Paul Sartre (Sartre, J.P., Pontalis, J.B., Pingaud, B., 1971) respecto a la relación del psicoanálisis y el poder. Los elementos analíticos que aportan estos autores en lo que atañe al dispositivo psicoanalítico son de otra índole. En el caso del “Hombre del magnetófono”, es precisamente un *acting-out*, un procedimiento provocador, el que impulsa el acontecimiento analítico. Castel, por otro lado, analiza cómo, con las condiciones de producción del dispositivo analítico, se suspende o se pone entre paréntesis la dimensión política del psicoanálisis y de la significación de su dispositivo.

El debate entre Lapassade y Tosquelles es de especial importancia en esta cuestión. Lapassade insistiría en un punto: la acción puede ser analítica. Y este asunto es especialmente sensible para el psicoanalista (en el momento de su ruptura, Lacan repetía a Guattari la necesidad de que *hubiera analistas*). En otro lugar (Manero, 2018) se revisaba, a propósito del movimiento del 68, cómo Lapassade establecía que la acción de los estudiantes en el 68 no debía entenderse como un *acting out*. Al contrario, lo que aparentemente sería una *fuga hacia la acción* era romper el cerco de un análisis truncado en ciertas fases de su enunciación.

Tosquelles planteaba que la cuestión de la *autogestión* estaba bien para el exterior del psiquiátrico. Era un concepto político que debía verificarse en la acción política. Pero, evidentemente, aparece la cuestión de las dimensiones políticas en el ejercicio de la psiquiatría, en el caso de Saint Alban, o del ejercicio pedagógico, en lo que se refiere a las experiencias de la *Autogestión pedagógica*. En todos estos casos, se verificaba la relación de oposición entre el saber instituido o establecido del *analista* versus el saber emergente, normalmente explosivo, desviante, del analizador.

La idea de un *análisis salvaje*, planteada como lo hacen Hess y Savoye,<sup>4</sup> está mucho más emparentada con un análisis realizado por fuera de la especialización, a partir de la práctica cotidiana en el *continuum* social-histórico, un análisis que es un *resultado* de una ruptura con las formas instituidas del saber y del quehacer científico, y que es un resultado, más o menos espontáneo, de los momentos “calientes”, es decir, de los momentos de *ruptura* en crisis sociales de mayor o menor intensidad.

---

<sup>4</sup> Que era, además, una expresión corriente en el contexto del grupo socioanalítico.

Éste es el sentido en el que desemboca el Análisis Institucional. No es, como pudo plantearse el trabajo con los T Groups, una revolución o un laboratorio de trabajo con grupos; tampoco es una nueva terapéutica u ortopedia social; no es una nueva Sociología, con un añadido crítico, destinado a competir con las demás corrientes vecinas, ni tampoco un proyecto centrado en la producción de consciencia, o algún tipo de concientización, figura vecina a las diversas corrientes de evangelización y apostolado, subtendidas por experiencias pedagógicas de diversos tipos.<sup>5</sup> El Análisis Institucional, entendido desde el desarrollo de la idea de un análisis producido por los analizadores, es un proyecto de saber, y es en ese contexto que debe entendersele.

Así, la relación con la idea de un *análisis silvestre* o un *análisis salvaje* se establece en un solo punto: se trata de un análisis que se hace *por fuera* de las formas instituidas para el ejercicio de un saber.

En este punto sería necesario caracterizar esos saberes *otros*, producto o acontecimiento producido al calor de las crisis institucionales. La teoría sociológica del Análisis Institucional desplazaría definitivamente el campo de análisis hacia la constitución e institucionalización del saber social, cuestión que estaría en el nudo problemático de sus propios paradigmas: la intervención, la institucionalización, la implicación. El *proyecto* del Análisis Institucional se verificaría precisamente en la arena de las tensiones entre los saberes sociales y sus formas institucionalizadas; y entre ellas destaca la institución científica.

---

<sup>5</sup> Recordemos que Guattari inicia su trabajo militante a través de su participación en las experiencias de grupos cristianos. La pedagogía subyacente a estos encuentros fue desarrollada en el ámbito cristiano, y alimentada por la experiencia centenaria de diversas congregaciones dedicadas a la educación: jesuitas, dominicos, lasallistas, etc. Indudablemente, en esos tiempos, la difusión de la doctrina cristiana tuvo mucho que ver con el militante cristiano de izquierda. Los trabajos que se han desarrollado en la Cátedra Institucional Cornelius Castoriadis en México sustentan también esta hipótesis: buena parte de la *intelligentsia* crítica en México (y al parecer, por lo menos en parte, también en Francia), se constituyó a través tanto del marxismo como del cristianismo de izquierda, especialmente a partir de las experiencias que antecedieron y las derivadas del Concilio Vaticano II. (Miranda, Rafael y Roberto Manero, 2014).



### ***El efecto analizador***

Lourau enuncia un elemento que no se debe despreciar. A partir de cierto momento, en el Análisis Institucional se hablaría más del *efecto* producido por los analizadores que del analizador mismo. Dice Lourau:

Porque desconstruye las relaciones sociales institucionalizadas, el analizador obliga a tomar partido, a no ocultar lo que uno es, a hablar o actuar para probar lo que se es o lo que se dice. Revela las relaciones de poder disimuladas bajo la ideología del bien común y del consenso. Ese es su *efecto*. Ahora bien, sólo el efecto cuenta. Las causas importan poco y ello por dos razones: la primera es que la mayoría de las veces es arbitrario aislar una en vez de otra (“imputaciones causales”, según M. Weber) en la dialéctica del acontecer histórico (se deja de lado aquí la vieja discusión sobre los fines y los medios); la segunda es que en el análisis social, siempre orientado estratégicamente, conviene escoger su campo y que las reservas sobre el carácter más o menos “defendible” del analizador no hacen más que expresar un compromiso entre dos posiciones de clase, o sea un compromiso vergonzoso del lado de la clase dominante. (Lourau, s/f, p. 10).

Observamos, en esta cita, las formas en las que se va deslizando la oposición entre el analizador y el analista. La reducción operada por el analista respecto de la virulencia del saber producido por el analizador se va convirtiendo en un *ocultamiento* derivado de los vergonzosos compromisos con la clase dominante. Este planteamiento excesivamente simplista estará en la base de las futuras reflexiones sobre las implicaciones del investigador respecto de la institución.

Sin embargo, en este momento lo que habría que relevar es el desplazamiento que se va operando. En Guattari, por ejemplo, el *análisis* operado por los analizadores es el efecto de esas *vacuolas institucionales, grupos sujetos, o agenciamientos colectivos de enunciación*. Es como si se estuviera en la búsqueda de un *sujeto analítico* más allá del analista.

Con Lapassade, más allá de su tipología de los analizadores, es claro que el *analizador histórico* y el *analizador natural* tienen su sujeto. Los estudiantes en el 68, el pueblo de París durante la Revolución Francesa así como en la Comuna, son los sujetos de un proceso analítico que transformaría radicalmente las instituciones.

Sin embargo, para Lourau el *sujeto* no es relevante. Lo relevante es *el efecto analizador del proceso institucional*. ¿Cuál pudiera ser, entonces, dicho efecto? De alguna manera Lourau lo plantea: es el develamiento de relaciones ocultas bajo ciertas ideologías, y la *desconstrucción de las relaciones sociales institucionalizadas*. Evidentemente dicha desconstrucción<sup>6</sup> puede realizarse en mayor o menor escala. Sin embargo, tendría que recuperarse, en este punto, un aspecto que posiblemente no fue suficientemente desarrollado por el socioanálisis.

Me refiero a la tensión enunciada por Ardoino entre los aspectos metafóricos y a lo facticio:

Podrían reconocerse dos representaciones (¿imaginarias?) distintas de la complejidad. Una, más “sistemática” que lleva a la ingeniería y a la poiética (instrumental), ordenada según los modelos de una coherencia lógico-matemática, incluso de una combinatoria, sigue siendo una simulación (quizás perfeccionada) de una segunda, que es naturalmente más bio-socio-antropológica, vinculada a lo **vivo**, lo que implica ya la temporalidad si no es que la historia pero, más aún, referida a lo existente, añadiendo así al sujeto el “por ser”, la consciencia y el inconsciente, las problemáticas de la intencionalidad y del sentido... Por una parte, esos imaginarios oscilan en su empresa común de **simulación** (pretender que...), entre la búsqueda o la invención de una ficción (búsqueda de un “ser más” para rebasar una realidad decepcionante) y lo facticio (consentimiento de un “ser menos”, del simulacro y la apariencia reducido a la sequía del signo)... Otras interacciones, en cambio, deberán entenderse también a partir de las **implicaciones** (libidinales, sociales, de impulsos) y de la negatricidad (capacidad de cada quién para burlar con sus propias contra-estrategias las estrategias del otro de las que se siente convertido en objeto) que suponen en cada actor o autor participantes inscritos en situaciones que al menos en parte están determinadas por el juego de intereses y los impulsos respectivos. Habrá entonces **efectos de sentido** que exceden el simple surgimiento de lo que se suponía ya presente. En este sentido, el conflicto puede volverse creador, fuente posible de un por-venir, generador de consecuencias inesperadas y de sorpresas (Ardoino, 1998).

Hay en el transcurso de la investigación de Lourau un camino más o menos paralelo al de Guattari. Ambos se van desplazando del *sujeto* al *acontecimiento*. El efecto analizador

---

<sup>6</sup> Que tendría que pensarse en términos metafóricos, como una especie de *desarmado* o de *volver transparente* un nudo de relaciones opacas. De todas maneras, quedaría por explorar la relación entre este enunciado y sus posibilidades de articulación con el deconstruccionismo derrideano.

es un acontecimiento que tiene ciertas características: es suficientemente potente como para revelar o, en su caso, *hacer aparecer*, algún sentido que, como decía Ardoino, es una *creación* que, si bien no siempre anuncia un bello porvenir, sí nos construye una imagen, otra forma de ver lo sucedido.

“Frecuentemente, el analizador es sinónimo de desviación, de marginalidad, de disidencia, de delirio, de lapsus, de incoherencia *significativos*.” (Hess, R. et A. Savoye, 1993, p. 73).<sup>7</sup> Sin embargo, la acción analítica de los analizadores, su *efecto*, no es sólo el resultado de movilizaciones, de acciones más o menos espectaculares, figuras como el delirio, el lapsus, etc. Lourau plantea que hay otra serie de acciones, mucho menos ruidosas, que también suponen un efecto analizador:

La institución es cuestionada por los abandonos, las exclusiones, la marginalización. Se vacía de su ideología, de su poder e incluso de su base social, aunque los fenómenos arriba indicados no sean o no siempre sean fenómenos de masa. Estos abandonos, estas exclusiones, esta marginalización de individuos o de comunidades conllevan una significación no de masa (estadística) sino simbólica... (Lourau, s/f, p. 9).

Se trata de un proceso de *significación*, es decir, de convertir una realidad, una serie de procesos, en una construcción simbólica, desde la cual es posible la percepción, la elaboración, la comunicación y el lenguaje.

Como todo proceso significativo, hay una pregunta que no puede dejar de hacerse: ¿quién, qué o cuál es el *interpretante final* de ese proceso simbólico? ¿Cómo podemos saber de la *eficacia* del símbolo creado como resultado de la acción de los analizadores, este *efecto analizador*? La potencia, la virulencia del analizador sería proporcional a su eficacia simbólica, a la posibilidad de ser reconocido por el conjunto de la sociedad. Por ello, lo que caracteriza al analizador es su carácter *significativo*, es decir, la posibilidad de encontrar su potencia en la estructura significativa de lo social.

Castoriadis insistía en el elemento simbólico de la institución, resultado precisamente de su constitución imaginaria. La *significación simbólica* que es el *efecto analizador* nos

---

<sup>7</sup> La traducción es mía RM.

permite reflexionar sobre su *devenir simbólico*, es decir, su capacidad de expresarse en un sistema simbólico particular, el de *esa institución singular*:

La sociedad constituye cada vez su orden simbólico, en un sentido totalmente otro del que el individuo puede hacer. Pero esta constitución no es “libre”. Debe también tomar su materia en “lo que ya se encuentra ahí”. Esto es ante todo la naturaleza -y, como la naturaleza no es un caos, como los objetos están ligados unos a los otros, esto implica consecuencias... Todo simbolismo se edifica sobre las ruinas de los edificios simbólicos precedentes, y utiliza sus materiales -incluso si no es más que para rellenar los fundamentos de los nuevos templos, como lo hicieron los atenienses después de las guerras médicas. Por sus conexiones naturales e históricas virtualmente ilimitadas, el significante supera siempre la vinculación rígida a un significado preciso y puede conducir a unos vínculos totalmente inesperados. La constitución del simbolismo en la vida social e histórica real no tiene relación alguna con las definiciones “cerradas” y “transparentes” de los símbolos a la largo de una obra matemática (que, por otra parte, jamás puede cerrarse sobre sí misma). (Castoriadis, 1983, pp. 208-209).

Hemos de ver en el efecto analizador, entonces, el intento de una sociedad o de una parte de ésta, para hacer visible, para poner *de manifiesto* una condición, algunos elementos que normalmente estaban arrojados al *sinsentido*, a la carencia de significación. La posibilidad de constituirse como actos cargados de simbolismo abre la lucha por su significación. La diferencia de un delirio psicótico con un proyecto social es precisamente el lugar simbólico en donde los colectivos lo colocan. El acto analizador es un acto que busca su colectivo, que espera la construcción de un ámbito interpretante, que sea capaz de *desviar* el significado estrictamente individual o de pequeño grupo de la acción, para colocarlo como un proceso de *significación colectiva*, la posibilidad de construir su dimensión simbólica, de constituirlo como símbolo. Es decir, hacerlo *significativo*.

### ***El analizador y la desviación***

En la perspectiva ya definitivamente sociológica del Análisis Institucional en su tendencia más lourauniana, el lugar privilegiado del efecto analizador es el de los desviantes. Más adelante desarrollaré algunas cuestiones de orden metodológico y epistemológico y la coherencia de un planteamiento sociológico que parte de una perspectiva centrada en la

desviación. La apuesta de Lourau es precisamente aquello que Lapassade había planteado sobre la acción: la acción también puede ser analítica. Sin embargo, más allá de los grandes momentos revolucionarios de la historia, ¿cómo puede sostenerse una idea de la acción analítica? ¿En qué sentido la acción cotidiana, el acontecer cotidiano, podría convertirse en un proceso analítico? ¿Cuál sería, entonces, el contenido del concepto de *análisis*?

En otro lugar (Manero, 2015), cuando desarrollamos la concepción guattariana del analizador (*vacuola institucional, grupo sujeto, agenciamiento colectivo de enunciación*), encontrábamos una característica de estos analizadores: era su posibilidad de enunciar. Enunciaban su propia ley, pero no sólo eso. La enunciación del analizador guattariano se produce por un corte, que es un acontecimiento, con las estructuras alienadas de la subjetividad. Podría hablarse de un *momento* de desubjetivación. Es en este corte en el que puede emerger el deseo, en tanto fuerza desalienante. Respecto del grupo de la *Voie Communiste*, Guattari lo caracterizaba como algo que se *atravesaba* en el orden “normal” de las cosas. Era un grupo *analítico*. Un grupo que expresaba y enunciaba un cierto tipo de análisis. *Quería hablar*.

Dicho de otra manera, el *analizador* guattariano es un acontecimiento que enuncia, en sí mismo, aquellos elementos que hacen a una *máquina de guerra*.

En el planteamiento de Lourau, el analizador no está colocado de la misma manera con relación al analista. Frente al *análisis verdadero* de Guattari, producto de estos *grupos-sujeto*, existen esos otros análisis *seudoracionales* que aporta la ciencia. Frente al *rol* de analizador de estos grupos, están las *síntesis* que proceden por racionalización, totalización, exclusión. Es decir, se trata de saberes totalmente distintos uno de otro. El *saber analítico* del analizador versus las *síntesis seudoracionales* de los análisis científicos.

En Lourau, el saber producido por el analizador tiene otras características. La oposición entre el analizador y el analista se ha desplazado. El analizador, como en Guattari, es un *acontecimiento* que se *atraviesa* en el orden “normal” de las cosas. Pero la descolocación del analizador en relación a dicho orden normal no produce, necesariamente, ese enunciado de una “verdad analítica”. No emerge ninguna *verdad del deseo*. Su efecto se produce por otra condición, que tiene que ver con su posibilidad de colocarse

simbólicamente, de constituirse como una acción *significativa*. Y esto, evidentemente, lo sitúa en otro marco de referencia.

Es allí en donde surge algo que podría plantearse como la *expresión sociológica* de un planteamiento epistemológico subyacente al socioanálisis. Se trata del *desviante*. La idea de desviación no es propia del Análisis Institucional. Hay una Sociología de la Desviación desarrollada desde hace muchas décadas.

El mismo Durkheim incluye la cuestión de la desviación, la criminalidad y la infracción o transgresión a las normas como un elemento no sólo normal, sino que debería ser valorado positivamente, sobre todo en función de los efectos que produce en el tejido social: permite el desarrollo del Derecho, y además permite reflexionar sobre el sistema normativo de cada sociedad (Durkheim, 2007).

Normalmente la Sociología de la Desviación está asociada con la idea de rupturas de la normatividad social que exigen una sanción. De esta definición deriva una serie de problemáticas: una acción no puede considerarse desviada más que en relación a un sistema normativo<sup>8</sup>, lo que supone a su vez una historicidad no sólo de la acción, sino también de la sanción, derivada ésta de sistemas de control social que también tienen su historicidad. Hay así un relativismo en relación a la cuestión de la desviación.

La idea de *norma* que acompaña a la desviación también es problemática. En muchas ocasiones la *institución* es confundida con uno de sus momentos, en el que se expresa como norma. La cuestión se complejiza aún más si tomamos en cuenta que hablar de norma es hablar de un concepto polisémico y problemático. Regularmente debemos entender por norma una *coacción* legalizada. Sin embargo, esta coacción se distingue de la ley. La norma hace más referencia a un sistema cultural que a un *corpus* jurídico. Aun así, podemos distinguir muchos tipos de norma: norma penal, social, jurídica, hasta las normas derivadas de la moral individual.

---

<sup>8</sup> Si la desviación sólo puede considerarse tal en la medida en la que un comportamiento cualquiera es calificado en relación a cierta normatividad, la existencia tanto de la desviación como del desviante es posible únicamente en la medida en la que se encuentran simbólicamente vinculados a dicho sistema normativo o, en su caso, a un sistema institucional singular. Así, no hay desviación en abstracto, sino desviación relativa a un proceso institucional.

Si bien la idea de *desviación* social está relacionada necesariamente con la norma, también lo está con la idea de *sanción* y con la de *control social*. Hay desviaciones que son sancionadas (penalmente, administrativamente, o con la reprobación social<sup>9</sup>), y dichas sanciones están reguladas y suponen el ejercicio de sistemas de control social (como la familia y la educación en general).

Por su parte, existe también una forma de desviación que es mucho más microsociológica, que fue profundamente desarrollada por Goffman y su escuela, el *interaccionismo simbólico*. Las lógicas que generan la dinámica del *estigma* deben entenderse como formas asociadas a la idea de una sanción social.

Frente a las teorías positivas y funcionalistas de la desviación, aparecen también otras, como la marxista, en las cuales la desviación social es el resultado de una sociedad dividida en clases, de la explotación del proletariado por la burguesía, y por las desigualdades que este modo de producción genera.

También existe otra forma de considerar las desviaciones, que tiene que ver con las teorías alrededor de las subculturas. Ahí, la desviación procedería de los procesos de socialización en culturas o subculturas con sistemas de normas y valores diferentes a los de una sociedad en general.

Si observamos atentamente los conceptos que supone esta Sociología de la desviación, estamos frente a elementos que componen la idea misma de *institución*. Los aspectos funcionales, imaginarios y simbólicos del proceso institucional se encuentran presentes en la idea de *desviación*. En ese sentido, es importante la intuición durkheimiana: no debe entenderse la desviación como algo extraño a la norma o a la institución. Al contrario, la *desviación* debería considerarse consustancial al propio proceso de la institución. *En ese sentido, la desviación sería una de las formas a través de las cuales la institución produce saber sobre sí misma*. Y es, en esa misma medida, un analizador de la misma institución.

---

<sup>9</sup> Y en esta categoría deberíamos incluir las formas de sanción social que surgen con las nuevas tecnologías: la sanción o la reprobación social a través de las *redes sociales* se constituyen como un nuevo árbitro, un *big brother* bastante más exigente y punitivo que los modelos de control que surgieron en otras épocas.

Más allá de esta apreciación más o menos abstracta, solamente debo subrayar algunos elementos importantes. El *desviante* lo puede ser solamente *en la medida en la que pertenece, es parte del mismo sistema simbólico que instituye la norma*. Es desde aquí que puede establecerse, en un momento dado, la posibilidad de la *significación simbólica* que propone Lourau como una de sus características<sup>10</sup>. Es significativo en la medida en la que el desviante participa de *algo en común* con el resto de la institución: su sistema simbólico.

Ya en la perspectiva marxista de la desviación está presente otra lógica y otra epistemología (negativa) para el análisis de la desviación. La desviación a la que se refieren en esta tendencia supone que la constelación constituida por la acción desviante, la sanción y el sistema de control social *no es explícita en sus finalidades*. Los sistemas normativos del capitalismo no buscan el bien común necesariamente, sino que están establecidos para la protección de un sistema de producción basado en la apropiación privada de los medios e instrumentos de producción social. Las conductas desviantes y sancionadas serían aquellas que atentan contra la propiedad privada o, más en general, contra la reproducción de las relaciones sociales e ideológicas capitalistas.<sup>11</sup>

De esta manera, algunos desviantes (no todos necesariamente) *denunciarían*, a través de la significación atribuida a su acción, aquellos elementos no explicitados, ocultos, de las relaciones sociales de explotación y de enajenación.

Para Lourau, como hemos expuesto más arriba, el analizador es ese acontecimiento que es capaz de imponer un *análisis salvaje* de la situación, un análisis por fuera del análisis de los especialistas.

El analizador, en los casos más simples, en el plano micro-sociológico, es las más de las veces un “chivo emisario”, una “oveja negra”, un “aguafiestas”. Es un perturbador, un provocador. Falso sería ver en él un elemento más puro o más lúcido, dotado o formado por un método de análisis más radical que los otros (más “científico” y/o más “político”). El analizador no es el analista instituido, ni incluso un espíritu coherente. No es el buen sentido o la racionalidad personificadas, sino la negatividad personificada. Por ejemplo, una profesora de filosofía suspendida de la enseñanza porque había

---

<sup>10</sup> Este aspecto puede tener cuestionamientos importantes en relación a los saberes antropológicos, especialmente en las antropologías o etnologías que parten de una diferencia tajante entre la cultura del observador o investigador y la de sus “sujetos”. ¿El investigador, entonces, sería capaz de entender o, en su caso, siquiera detectar los *analizadores* propios de una cultura totalmente ajena?

<sup>11</sup> Un destacado representante de esta tendencia es Steven Spitzer (1975).



permitido exposiciones sobre W. Reich y la represión familiar, fue considerada como indefendible por su sindicato, puesto que al tiempo que desaconsejaba a sus alumnos pasar sus exámenes, ella misma preparaba el concurso de oposición. El reproche de incoherencia está totalmente justificado, pero no es pertinente desde el punto de vista de la teoría de los analizadores. Revelando las contradicciones de la institución y del sistema social, el analizador se expone casi obligatoriamente al riesgo de revelar sus propias contradicciones, las cuales son a menudo las mismas del sistema (lo que excluye una dualidad de niveles de análisis, en términos de psicoanálisis por una parte y en términos sociopolíticos por otra). (Lourau, s/f, p. 9).

Sin embargo, no todos los analizadores producen un análisis de la institución en los mismos planos y de las mismas maneras. Hay analizadores que apuntan al sistema de relaciones emocionales o afectivas de la institución o que, por su modo de acción, su efecto se localiza más en aspectos sentimentales, emocionales o afectivos del entramado relacional (podemos situar aquí muchos elementos analíticos que proporcionan el fenómeno del suicidio en una sociedad).

Otro tipo de analizadores se dirigen mucho más a la instrumentación o implementación de políticas de Estado respecto de la población, o apuntan a la explicitación de aspectos institucionales ignominiosos y contradictorios en la acción institucional (como por ejemplo, la existencia de grupos organizados de familiares en búsqueda de personas “desaparecidas” no sólo es la constatación de la inoperancia de las políticas de seguridad del Estado, sino también la prueba -en función de las respuestas negativas y obstaculizadoras de esas búsquedas- de que la función del aparato jurídico-policíaco *está para otra cosa*, que no es la seguridad ni la justicia).

Lourau distingue, de esta manera, tres tipos de *desviantes* que resultan de los diferentes momentos de la institución:

Se pueden distinguir tres tipos de desviantes, cuya importancia varía según el volumen, la forma y las funciones de la organización. El tipo más habitual es el *desviante ideológico*, que emite dudas sobre las finalidades y la estrategia general de la organización, intentando agrupar a otros heresiarcas ideológicos. Constituye el segundo tipo el *desviante libidinal*, que ocupa demasiado lugar en la estructura libidinal del grupo y, con su sola presencia, arroja dudas sobre la seriedad de la ideología o de la organización. El tercer tipo es precisamente el *desviante organizacional*, que ataca de frente -y ya no

por intermedio de desacuerdos teóricos o de comportamientos físicos ansiógenos- el punto donde los problemas puramente prácticos y materiales confluyen con las cuestiones más teóricas: la organización. (Lourau, 1991, p. 283).

Esta descripción de los analizadores podría constituirse como una tipología. Sin embargo, hay varias cuestiones que deberían tomarse en cuenta antes de llegar a esquemas simplificadores de los procesos de transformación y cuestionamiento de las instituciones. En principio, en general, ningún analizador se atiene coherentemente a ninguna de las clasificaciones planteadas. Dicho de otra manera, el *analizador ideológico*, a pesar de su apego a las formas instituidas, supone las más de las veces acciones que se constituyen como formas libidinales u organizacionales. A pesar de que las formas de acción analítica puedan ser profundamente racionales, los afectos, sentimientos y emociones difícilmente pueden ser desplazados de la impugnación ideológica. Es un analizador que, tarde o temprano, desborda sobre lo libidinal y lo organizacional de la institución.

Lo mismo puede plantearse de los otros analizadores: el *acting out* del analizador libidinal no sería posible sin el concurso de los canales de comunicación de una organización, y tampoco sin los elementos racionales que permiten su expresión en diversas formas del lenguaje. Finalmente, el analizador organizacional no es posible sin la refutación ideológica de la institución, así como el pasaje a la acción. Es lo que nos recordaba Lapassade en torno a los acontecimientos del 68. La acción es analítica, significa que el *analizador* ha creado una significación, que ha tenido una repercusión simbólica importante.

Además, un analizador podría ser caracterizado por el *modo de acción* que desarrolla. Así, habría analizadores cuyo modo de acción es más *institucional*, mientras que otros practican modos de acción antiinstitucionales, no institucionales o contrainstitucionales.<sup>12</sup> Esta distinción me parece importante porque coloca el *eco* que produce el analizador en dimensiones distintas del proceso institucional. No es lo mismo el impacto que puede producir el suicidio de un miembro de la institución, la comisión de un delito en el contexto

---

<sup>12</sup> La clasificación de los *modos de acción* en el Socioanálisis ha variado desde su enunciado en el texto aparecido en la revista *L'Homme et la Société* con el título *Analyse institutionnelle et socianalyse* (Lourau, René et.al., 1973), y traducido al español y editado por Nueva Imagen en 1977 (Lourau, René, et.al., 1977). El artículo de Lourau en el que aparece la clasificación de los modos de acción es "Análisis institucional y cuestión política".

de la institución (como modos antiinstitucionales o no-institucionales de acción), que la organización de los *caracoles* zapatistas (como modo de acción contrainstitucional, en tanto experiencia autogestiva de organización social).

Pero si en los planteamientos alrededor de los *desviantes* como analizadores sociales descansa buena parte del concepto de análisis que sostiene al Análisis Institucional, aún no quedaba suficientemente sustentada -más allá de un elemento descriptivo- la relación intrínseca entre el analizador y el saber. ¿El analizador *devela* lo que está *velado*? ¿*Revela* lo que está *oculto*? A partir de cierto momento, la idea de los *ocultamientos*, de la *falsa consciencia* y la *ideología* en el sentido marxista fue insuficiente para justificar las limitaciones de la crítica.

Juan Carlos de Brasi (1996) está más cerca de otro tipo de operación crítica. La idea de un *discurso*, que supone ciertas dimensiones que es necesario hacer explícitas, iría mucho más lejos en la posibilidad de producción de saberes críticos frente a las *producciones seudoracionales* de las que hablaba Guattari.

En la misma línea de lo planteado por Ardoino, Lourau también propone que la acción del *analizador* no debe pensarse únicamente en relación a las formas instituidas (analizar lo que ya está ahí). Su *efecto analizador* procede de otro lugar:

La psicología social y la sociología por su parte habían evidenciado la importancia de las desviaciones, y de las marginalidades significativas, a través del papel conferido a la delincuencia, a las minorías étnicas, políticas, religiosas, artísticas, etc. Pero, un último paso quedaba por franquear, con el fin de operar un trastocamiento epistemológico completo.

Ese trastocamiento consiste en ver a los individuos inconformes, los grupos marginales y las categorías sociales anómicas, no solamente como fenómenos significativos en relación al sistema social y a sus modos de integración, sino como los *productores de sentido* de la sociedad. Ya no es únicamente la sociedad quien confiere un sentido a esos fenómenos, sino esos fenómenos quienes dan un sentido al conjunto de la sociedad. Ellos constituyen la reserva de sentido reprimido por la estructura social, la “mala consciencia” de la sociedad. (Lourau, s/f, p. 8).

## **La contrasociología**

La idea del analizador como *productor o creador de sentido* acerca a otra visión del quehacer científico en las Ciencias Sociales, otra visión del proceso de producción de saberes, así como otra perspectiva sobre lo que consideramos una investigación.

Los analizadores, dice Lourau, son una especie de *reserva de sentido*. Desde mi punto de vista, más que una *reserva*, que supone cierto almacenamiento de información que estuviera allí, disponible, se trata de un proceso de *creación*, en el sentido castoridiano del término:

... ¿En qué consiste el ser artesano del artesano, y, en tanto tal, su ser “creador”? Respuesta: en tanto que da su forma, su *eidos* a un fragmento informe de materia (...). Es este *eidos*, esta forma lo que hace que la madera sea mesa; el bronce, estatua; la tierra, vaso. Ahora bien, el bronce, cualquiera sea su forma, es bronce. Mientras que la estatua, en tanto estatua, sólo lo es por su forma; su ser estatua, su esencia, es su *eidos*. Por tanto, decir que la estatua es creada (ontológicamente), carece de sentido, a menos que se diga (lo que, por lo menos para el escultor que no copia a otro, es la verdad) que lo que se crea es el *eidos* de esa estatua, que lo que se crea es *eidos*. La única manera de *dar existencia* a la estatua como estatua y como esa estatua particular es inventar, imaginar, poner su *eidos* a partir de nada; si a un trozo de bronce le imprimimos un *eidos* ya dado de antemano, lo único que hacemos es repetir lo que, en esencia, en tanto que esencia -*eidos*- estaba ya allí, no creamos nada, sólo imitamos, *producimos*. A la inversa, si se “fabrica” un *eidos otro* (un *eidos* distinto) se hace algo más que “producir”, se *crea*: la rueda que gira alrededor de un eje es una creación ontológica absoluta; lo es en mayor medida -tiene una mayor peso ontológico- que una nueva galaxia que, mañana por la noche, surgiera de la nada entre la Vía Láctea y Andrómeda. Pues *hay ya* miles de millones de galaxias; pero quien inventó la rueda, o un signo escrito, no imitó ni repitió *nada*. (Castoriadis, 1989, pp. 58-59).<sup>13</sup>

No es posible, tampoco, ese reservorio de sentido, tal como lo muestran los estudios sobre la *memoria*. No hay tal *memoria* de sentidos que pudiera actuar en la expresión del analizador. Al contrario, *el analizador construye otra memoria*. El analizador es expresión de la negatividad de la institución, lo que querría decir que es *creación* de memoria *a partir del*

---

<sup>13</sup> En torno a la creación hay muchas aristas por discutir. No hay creación absoluta. Se parte de algo. Así, se puede crear una nueva pintura, pero muchas formas, el lienzo, etc., ya estaban creados. No hay creación absoluta, como tampoco repetición absoluta, o pura producción. ¿Cuáles son, entonces, los bordes desde los cuales podemos nombrar la *creación*, la *producción* o la *repetición*?

*presente* (Manero, Roberto y Soto, Adriana, 2005). Es una de las significaciones que podría aparecer, también, en el trabajo de Antoine Savoye sobre el *procesamiento de la historia* en el *Análisis Institucional* (Savoye, 1988). Esa “mala consciencia” de la sociedad es algo que se crea en el momento mismo en el que la posición, el enunciado, el desviante, es capaz de enunciar y *ser enunciado* en un conjunto de *indeterminaciones sociales*.

Pero entonces tenemos una teoría de la sociedad que no se construye en torno a algunas hipótesis de partida, a la manera de proposiciones o, en su extremo, *dogmas*. No se parte ni del *Contrato Social* ni del *Leviatán*. La posibilidad de construir una teoría de la sociedad supone la consideración de la producción social *a partir de los analizadores*.

Los *analizadores* no sólo crean sentido. Crean sociedad, porque la sociedad evoluciona elaborando y transformando su *sentido* y su *significación*. La *resignificación* de las relaciones en la sociedad, de la percepción, del *sentido* de las acciones es lo que va transformando las sociedades. No es ni la tecnología, ni las grandes ideas. Aún se debate si son los grandes movimientos los que mueven las sociedades. Pero una cosa, por lo menos, está en el panorama. Los cambios sociales no sólo producen, sino también están generados por las *nuevas significaciones* que aparecen en la acción y en las instituciones. Y estas acciones son generadas por los analizadores.

La gran *revolución epistemológica* planteada por Lourau respecto de la cuestión de los analizadores es ésta: no son únicamente una caución heurística. Son, en sí mismos, *creación de sociedad*.

Trabajar sobre el saber producido por los analizadores supone también la creación de una nueva forma de hacer ciencia, de colocar la institución científica en el conjunto de los procesos sociales. Significaría, siguiendo a Lourau, la estructuración de una *contrasociología*. No es solamente negación del saber sociológico, ni negación del trabajo sobre las ideas (lo cual nos evita el *antiteoricismo* que caracteriza a muchos grupos militantes, o la crítica teórica o epistemológica para la creación de una nueva teoría positiva).

Por sus actos, *analizadores* de fuerzas sociales tanto o más que por sus palabras o las de sus portavoces instituidos, los movimientos, grupos y categorías que impugnan producen, a lo largo de la historia, una *contra-*

*sociología* que los *analistas* oficiales de la sociedad desechan a menudo con ingenuidad a la basura de la “conciencia ingenua”. (Lourau, s/f, p. 16).

Muchas veces tiende a confundirse el *saber social* con el “sentido común” o la “conciencia ingenua”. Es ese punto de partida que el conocimiento científico *debe negar*. La ciencia se constituye en la ruptura del sentido común, en el cuestionamiento racional de lo que es dado inmediatamente en la percepción. Dicho de otra manera, la ciencia se constituye en la *crítica* de las primeras percepciones, en la crítica de lo aparente, en los *fallos* de las teorías precedentes.

Este no es el espacio en el que se pueda hacer la síntesis de las grandes discusiones que han ocupado a los filósofos, historiadores o sociólogos de la ciencia. Lo que sí es importante mencionar es que, en las últimas décadas del siglo pasado, la *certeza* alrededor de la constitución del conocimiento científico como una *superación* de los saberes sociales “ingenuos”, de “sentido común”, se fue disolviendo.

Los estudios etnográficos sobre la cotidianidad del trabajo científico (entre los que destacan los de Harold Garfinkel y los de Bruno Latour), muestran que la producción del saber científico está mucho más emparentada y articulada con procedimientos de sentido común que lo que se hubiese pensado.

Pero, por otra parte, la confusión está en lo que se considera el *sentido común*. Cualquier tipo de saber que no procede de la institución científica es sospechoso. Sospechoso de no expresar *la verdad*, sospechoso de equívoco, sospechoso de constituirse como un saber que no es *confiable*. La *fiabilidad* de un postulado científico es lo que podría constituirse como la condición de su sanción social.

Más allá de la discusión acerca de la confiabilidad de los descubrimientos y los postulados de la ciencia, lo que resulta importante es restituir al *saber social* sus propios procesos de totalización, *restituir* al saber social aquello que le fue *enajenado* en la fragmentación y atomización de sus procesos constituyentes.

Se nos presenta así otra idea del saber. *El saber social no podría dejar de lado ni el saber producido por la ciencia ni la actividad científica*. Sin embargo, no podría reducirse a

ello. La reconstitución del saber social supone la *restitución* de diversos momentos de producción, sobre todo, lo que ya es un elemento conocido y aceptado por buena parte de la institución científica: la producción de conocimiento siempre es una producción colectiva. Eso descoloca al *autor*, le confiere otro papel y otra significación. *Desmitifica* la idea del *genio* como una condición de la producción científica, y restituye la idea de ser *portavoz* de una idea, de un procedimiento, de una *nueva asociación* que se da en un *contexto* donde se juega la creación.

Así, a diferencia del planteamiento guattariano, en el que el *analizador* es capaz de expresar *la verdad*, esa verdad amparada por la expresión del deseo, en el planteamiento socioanalítico el analizador se constituye como un saber social que no niega *completa ni absolutamente* el saber producido a partir de la institución científica. El analizador *requiere* su *interpretante final*. El sentido del analizador no se encuentra en la acción de provocación. Más bien dicha acción *provoca* el análisis colectivo, el análisis que no se detiene -y que tampoco demanda- en la palabra sabia del especialista. Pero la hace concursar con los otros saberes. Estamos mucho más cerca de los planteamientos de Feyerabend (1988), en el sentido de considerar la tradición científica como una más de las tradiciones de saber y de conocimiento.

De aquí también se desprende que la acción del analizador se extiende más allá de la provocación. El analizador es también lo que se dice de la acción: es el trabajo colectivo de producción de saber, y con ello también de creación de sentido.

El caso descrito por Lourau, sobre la profesora que desaconsejaba a los estudiantes realizar sus exámenes, al momento en el que ella misma preparaba su concurso de oposición, efectivamente muestra la incoherencia del sujeto, pero dice Lourau que la incoherencia del sujeto no es necesariamente un análisis pertinente desde el punto de vista de los analizadores. Y esto porque las clases sobre Reich, la sexualidad y la familia eran acciones de provocación, *analíticas*, de la moral pedagógica, de la represión sexual en la escuela (cosa que Jules Celma había descrito magistralmente en su *Diario de un educador* (1972)). La *significación* del analizador no se debió únicamente a la provocación. Dicha provocación traía simbólicamente consigo toda una tradición de crítica a la escuela y a la educación represiva y la moral burguesa. Esa crítica había enfrentado en el

68 a varias generaciones. Sin el *contexto, interpretante final* del acto de provocación (contexto en el que incorporan, también, algunos textos realizados en y para la institución científica, como pudo serlo los trabajos de Reich sobre los jóvenes y sobre la familia, y también muchas críticas en ese momento contemporáneas, como los trabajos de Mendel y Vogt, los de Fernand Oury y Aïda Vazquez, entre otros), la acción podría ser *insignificante*.

La *significación* del acto analizador está dada por un contexto complejo, por un *colectivo* que es anónimo y contradictorio (es este colectivo la *base social de la institución*). Pero la resultante es un saber de otra naturaleza, es un saber que parte de otro tipo de certezas, un saber que no parte de ejercicios de validación, sino que, en todo caso, puede ser permanentemente *puesto a prueba*.

Esta forma de construcción del saber no es del todo ajena a la institución científica. Al contrario, es un *saber suprimido* en el proceso de institucionalización de la ciencia. Lourau plantea, respecto de los orígenes de la sociología francesa en la obra de Durkheim, lo siguiente:

Para Durkheim, el suicidio es, muy claramente, el analizador del desorden fatal y aceptado. Releyendo *El suicidio* a la luz de la teoría de los analizadores, no puede dejar de sorprenderse por esta evidencia: *la progresión del número de suicidios* durante el período para el cual el sociólogo dispone de estadísticas seguras *se vuelve el revelador* del estado de la sociedad. Después de dar su lugar a las causas psicológicas, Durkheim restituye finalmente a las diversas formas de suicidio ese estatuto de analizador de las contradicciones sociales.

Hay que admirar la intuición sociológica: el acto de nacimiento de la sociología científica consiste en plantear el principio mismo que Durkheim ideólogo combate con toda su retórica neo-kantiana y con su escritura blanca de inspector general. Este principio es el siguiente: para conocer la sociedad, hay que analizar el efecto producido por aquellos que la rechazan más profundamente, más violentamente, no atacándola directamente por un modo de acción espectacular, contra-institucional o no-institucional clásico (las bombas), sino por una variedad del modo de acción no-institucional casi silencioso: el abandono, la defección, la deserción absoluta. (Lourau, 1976, p. 48).<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> La traducción es mía, RM.



Sin embargo, esta vía iniciada por Durkheim, en la que el estudio sobre el suicidio abría la vía para una *sociología de los analizadores*, pronto se vería obstaculizada. El analista se vuelve contra los analizadores. Los grandes sujetos que vería Durkheim como enemigos serían los anarquistas, los marxistas, que serían objetivados. El gran enemigo era la revolución. Esta objetivación sería imposible sin echar mano de algo que ya sucedía con los filósofos. A la figura de los *filósofos de Estado*, habría que agregar a los *sociólogos de Estado*, una relación que se estableció desde los orígenes mismos de la sociología. Sin embargo, el *sociólogo de Estado* está mejor protegido que el filósofo, ya que el primero cuenta con *la ciencia*.

La relación entre el *analizador* y el *analista*, en el socioanálisis, va un paso más adelante. Para Lapassade, el analista normalmente realiza una negación del saber producido por el analizador. El analista no sólo interpreta, sino que *descalifica* el saber producido por el analizador. Sin embargo, este autor plantea la posibilidad de que haya una reconciliación en estos polos: allí donde coinciden el analizador y el analista, lo que supondría precisamente una colocación del analista muy distinta a la que tiene normalmente: aquélla en la que hay un compromiso vergonzante con la clase dominante. Más adelante, el análisis de las implicaciones del investigador mostraría que no es suficiente un voluntarismo del analista para *cambiar de bando*. Pero si hay alguna posibilidad de reconciliar al analizador y al analista, ésta sólo podría verificarse en la creación de una *contrasociología*, es decir, una sociología que abiertamente se reconozca como expresión de los *analizadores* de la sociedad.

La oposición entre el analizador y el analista es una expresión de una serie de rupturas en el proceso de constitución del saber especializado. Esas rupturas o momento analítico de la institución científica se fueron realizando en diversos planos:

- a) La separación de la sociología en diversas subdisciplinas (sociología de la educación, de la desviación, de la marginación, sociología religiosa, etc.)
- b) La separación disciplinaria en las Ciencias Sociales
- c) La separación de la actividad científica y la práctica social.

En el planteamiento de la contrasociología de Lourau, es posible superar la separación y contradicción entre el analizador y el analista en la medida en la que se pueda construir o, en su caso, alimentar tal proyecto de conocimiento. Dicho de otra manera, es a través de otra manera de concebir la ciencia, de concebir el conocimiento y el saber, de romper con las formas establecidas de la institución, como es posible la ir más allá de dicha contradicción.

El corte instituido entre el saber sociológico y el saber social en general es de graves consecuencias en la práctica sociológica del sociólogo tanto como en la práctica social de las masas no “eruditas”. *Una contrasociología es ya perceptible en esta dualidad entre saber social y saber sociológico especializado: el problema no es poner la sociología al servicio de la revolución, o de las minorías oprimidas sino abolir la separación que rige las relaciones entre ciencia y práctica.* Si la sociología es el asunto de todos, hacerla un asunto de especialistas es negar los orígenes y las finalidades de la sociología. Todas las coplas epistemológicas sobre la necesidad de una ruptura, y de un distanciamiento entre el sentido común y la ciencia se fundan en una verdad a medias, sobre la autonomización de un momento del conocimiento, transformado de esta manera en verdad positiva: este momento es aquel de la teorización, de la construcción de conceptos y de un discurso que escasamente evita el esoterismo o la pedantería. De hecho, el conocimiento teórico es siempre negativo, ya que viene a negar las falsas evidencias de la percepción, del sentido común y de la ideología corriente. Erigirlo en positividad es rehusar la dialéctica, es no ver que el conocimiento teórico surgido de la práctica, so pena de erigirse en discurso ideológico puro acerca de la sociedad, la ciencia o las dos a la vez. La susodicha positividad de los conocimientos racionales está en sí misma minada, por otra negatividad, aquella de su puesta a prueba en la experiencia. ¿Cuál es la significación de la ciencia, si no? ¿En qué se diferencia de un discurso elitista, como lo han sido la teología y después la filosofía? Regresar a la práctica, ello no consiste en aplicar los conocimientos o en hacerlos aplicar por otros. Ello consiste en reencontrar la práctica de donde se partió, pero a través de la mediación introducida por la primera negación, aquella del conocimiento teórico. El retorno a la práctica, indica pues, una doble negación como siendo el movimiento constitutivo del saber. Las balandronadas científicas que en sociología son tanto más ridículas por cuanto los resultados de la ciencia son limitados, ocultan este movimiento del conocimiento. *Hacer de suerte que en un movimiento como tal sea restituido, no sobre el planto de las declaraciones de principio (en lo que se llama la “crítica ideológica” del saber burgués) sino en la actividad de investigación, tal es el proyecto de una contrasociología.* (Lourau, s/f, pp. 40-41).<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Las negritas son mías. RM.

El proyecto contrasociológico alimentó una serie de elementos que se traducirían en el código y el léxico del grupo institucionalista. Así, por ejemplo, en la investigación, la prioridad al terreno, la escucha de los analizadores, las metodologías más basadas en la detección y significación de los analizadores que en los indicadores sociales, la socialización y colectivización del análisis se convirtieron en elementos centrales en los métodos socioanalíticos en la investigación social. Lo que en un momento estuvo limitado a la crítica de la sociología, bien pronto se extendería a la pedagogía, a la psicología social, a la antropología, etc.<sup>16</sup>

Asimismo, si bien este proyecto en el primer lugar en el que se *ponía a prueba* era en la figura de la *intervención bajo demanda*, es decir en el socioanálisis, bien pronto diversas metodologías de trabajo e investigación desde disciplinas vecinas adoptarían varios elementos, o incluso su proyecto, en la definición de su proyecto y métodos de indagación.

La reducción de las demandas de intervención no significó el final de este proyecto. Más bien, como lo hemos mostrado más arriba, produjo desplazamientos e interferencias muy fértiles con otras disciplinas vecinas. El cuestionamiento ya no sería únicamente ideológico, sino que también estaría planteado en las contradicciones epistemológicas y metodológicas con las corrientes más tradicionales en las Ciencias Sociales.

En el contexto del desarrollo del Análisis Institucional, los planteamientos de una *contrasociología* se desarrollaron, sobre todo, en algunas temáticas: los procesos de institucionalización, por una parte, y el análisis de las implicaciones del investigador, por la otra. En estos campos de conocimiento, se implementaron investigaciones cuyos aportes aún no han sido suficientemente analizados y valorados en el contexto de las Ciencias Sociales. En ese sentido, el Análisis Institucional sigue siendo un campo de conocimiento vigente, con un proyecto que podría seguir inspirando la investigación sobre nuestras sociedades.

---

<sup>16</sup> Muchas cuestiones que se enunciaron en el proyecto contrasociológico fueron retomadas en corrientes como la "sociología clínica".

## **Bibliografía**

- Ardoino, J. (Nov de 1998). Recordatorio de los elementos generales de una problemática. México: Inédito.
- Castel, R. (1980). *El psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder*. México: Siglo XXI Editores.
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad 1*. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad 2*. Barcelona: Tusquets.
- Celma, J. (1972). *Diario de un educador*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- de Brasi, J. C. (1996). *La monarquía causal*. Montevideo: Multiplicidades.
- Durkheim, É. (2007). *La división del trabajo social*. México: Colofón.
- Feyerabend, P. (1988). *La ciencia en una sociedad libre*. México: Siglo XXI.
- Fresquet Febrer, J. L. (1993). Adolph Gubler y el Journal de Thérapeutique. *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la ciencia* .
- Freud, S. (1981). El psicoanálisis "silvestre". In S. Freud, *Obras Completas, T.II* (4a. ed., pp. 1571-1574). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Hess, R. et A. Savoye. (1993). *L'Analyse Institutionnelle* (éd. 2e). Paris: Presses Universitaires de France.
- Lacan, J. (2003). La dirección de la cura y los principios de su poder. In J. Lacan, *Escritos II* (23a. ed.). México: Siglo XXI.
- Lourau, R. (1991). *El Análisis Institucional* (2a reimpresión. 1a edición 1970. ed.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lourau, R. (1980). *El Estado y el Inconsciente*. Barcelona: Kairós.
- Lourau, R. (s/f). *Los analizadores de la Iglesia. Análisis institucional en el medio cristiano* (Traducción del original francés editado por Anthropos, 1972 ed.). (M. Carrillo, Trans.) México: Inédito.
- Lourau, R. (1976). *Sociologue à plein temps*. Paris: EPI S.A. Éditeurs.
- Lourau, René et.al. (1973). Analyse institutionnelle et socianalyse. *L'homme et la société* (29-30).
- Lourau, René, et.al. (1977). *Análisis Institucional y socioanálisis*. México: Nueva Imagen.

Manero, R. (2015). El analizador y el sentido del análisis. Génesis teórica del concepto. (p. e. Asociación para el estudio de temas grupales, Ed.) *Revista Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales*. (19), 1-18.

Manero, R. (2018). El concepto de analizador en el socioanálisis. *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, 113-140.

Manero, Roberto y Soto, Adriana. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales. *Enseñanza e investigación en Psicología*, 10 (1), 171-189.

Miranda, Rafael y Roberto Manero. (2014). De la intervención socioanalítica a la obra institucional por la autonomía. In R. Miranda, D. Camacho, & J. Alonso, *Tarántula. Institución y hacer pensante por la autonomía. Castoriadis en la trama latinoamericana entre academia y política* (pp. 65-94). Ciudad de México: CIESAS.

Sartre, J.P., Pontalis, J.B., Pingaud, B. (1971). El hombre del magnetófono o diálogo psicoanalítico. In F. Gantheret, R. Lourau, J. P. Sartre, J. B. Pontalis, B. Pingaud, & R. García (Ed.), *La institución del análisis* (T. F. García, Trans., pp. 75-111). Barcelona: Anagrama.

Savoye, A. (1988). Du passé, faisons l'analyse. Le traitement de l'histoire. Dans R. Hess, & A. Savoye, *Perspectives de l'Analyse Institutionnelle* (pp. 153-164). Paris: Méridiens-Klincksieck.

Spitzer, S. (1975). Toward a marxian theory of deviance. *Social problems*, 638-651.